

Diálogo Abierto. Daniel Ferminades y lo sobrenatural

"La conciencia se hace con experiencia y no escuchando a ningún iluminado"

Julio Vallana

De la Redacción de UNO
jvallana@unoentrieros.com.ar

Enfermedad, trabajo y soledad. Montaña e información a raudales. Una clave para cambiar la historia. El Uritorco como pasaje a otra dimensión

Vicio y práctica periodística es la pretensión de etiquetarlo todo y a todos. En el caso de Daniel Ferminades la cuestión se complica un poco –incluso tras pedirle su propia autodefinición. Como renunciar a aquella pulsión es atentar contra un principio básico, la memoria del oficio recuerda el Arcano IX del Tarot, un barbudo vestido con capucha y túnica, parado solo sobre el pico de una montaña mágica y que lleva en una mano un farol como símbolo de la luz, que elimina la ignorancia. Bastante de eso hay en la vida del entrevistado –literal, simbólica y esotéricamente hablando– aunque ayer llevó su palabra sobre “Verdades develadas desde la consciencia” a quienes lo quisieron escuchar en el Círculo Médico de Paraná. Su atípica infancia, una experiencia reveladora en la cima de una sierra, la búsqueda interior, lo sobrenatural, la necesidad de transmitir un mensaje y lo que oculta el Uritorco fueron algunos de los temas sobre los cuales abundó en esta charla.

Pequeño trabajador

–¿Dónde naciste?

–En Capital Federal, Villa Devoto.

–¿Hasta qué edad viviste allí?

–Hasta los 18 años.

–¿Cómo era tu barrio?

–Típico de clase media de aquella época y luego se convirtió en residencial. Era un pasaje por donde pasaban menos vehículos y cuando chicos podíamos jugar con más tranquilidad que en la esquina, que es una avenida.

–¿A qué jugaban?

–Pintábamos pistas para los autitos con pedazos de baldosas, a la pelota y la bolita.

–¿Qué actividad laboral desarrollaban tus padres?

–Trabajaban juntos porque tenían una fábrica de alhajas y cadenas de plata. Fueron empleados de una fábrica –donde mi papá era técnico de las máquinas– luego se apartó y por su cuenta compró un par de máquinas y comenzó a fabricar. Creció y llegó a tener joyerías en Buenos Aires, y muchos corredores.

–¿Te relacionaste con esa actividad?

–Sí, solamente tengo estudios



UNO/Mateo Oviedo

Recuerdo. “En la montaña recibí información espiritual, planetaria y solar, con mucha certeza y clara”.

primarios. Antes de los 12 años ya trabajaba porque me gustaba. También fui peón de albañil y ahí observaba al electricista, al plomero y al carpintero, así que llegué a hacer de todo un poco.

–¿Cuál fue el primer trabajo formal?

–A los 14 años, porque mi papá me dijo a los 12 que si quería seguir estudiando lo podía hacer o trabajar. Nunca fui muy afecto al estudio así que pensé que si comenzaba a trabajar podía tener inmediatamente mi dinero y comencé a hacerlo con mi padre, luego de un año de dar vueltas sin hacer nada. Valoro mucho haber tenido esa libertad.

–¿No había ningún mandato?

–No.

–¿Hijo único?

–Tengo una hermana menor.

Ermitaño con problemas

–¿Qué te atraía del trabajo?

–Hasta ahora no me gusta leer ni tengo la capacidad de guardar en la memoria lo que leo. En realidad no tengo la voluntad porque nunca me agradó. Tenía la facilidad de trabajar en casa y era como que agarraría las riendas del negocio, por ser hijo va-

rón. Siempre fui un poco ermitaño y jamás salí a bailar. Valoraba mucho el silencio aunque en ese momento no me daba cuenta. En los cumpleaños me iba a mi pieza, me encerraba y mi mamá tenía que sacarme a los tirones.

–¿Le preocupaba a tus padres esa forma de ser?

–No. Cuando tenía que integrarme, me integraba. Nací con muchos problemas físicos de asma, alergias y el hígado muy sensible. No sabían lo que me provocaba la alergia y no podía comer prácticamente nada, por el hígado. Así que me tenían que dar inyecciones.

–¿Hasta qué edad?

–Hasta los 10 años.

–¿Lo sufriste traumáticamente?

–Sí, especialmente el asma. En el viaje de fin de curso a Mar del Plata –donde tuve un ataque muy grande– nos tuvimos que volver porque no había forma de calmarme, incluso haciéndome acupuntura –que para la época era muy avanzado. Solíamos viajar a Córdoba –a lo de mis abuelos– una vez al año y también ahí tenía un ataque severo por el cambio de aire.

–¿Puede haber influido todo

esto en tu forma de ser?

–Sí. Cuando tuve ese ataque me acompañaban dos compañeros durante la noche pero yo quería estar solo, incluso me tapaba la cabeza y eso era contraproducente.

–¿No te recomendaron practicar algún deporte?

–No, pero por mi cuenta hice complementos de pesas en el Club Comunicaciones, en la época en que apareció El increíble Hulk. Tenía un cuerpo diminuto y lo más grande era mi cabeza.

–¿Lo disfrutabas?

–Sí, incluso sin saber que servía para el asma me dediqué a desarrollar la capacidad torácica. Y a los 15 años me desaparecieron todos los problemas. También me comía las uñas arrancándomelas de la carne. ¡Era un dolor tremendo!

–¿Habías sufrido algún trauma fuerte de niño?

–Había cosas... pero como venía de nacimiento, el problema estaba más allá de que me pudiera afectar. Cuando tenía 5 años dormía solito en una habitación en el piso de arriba y había que atravesar una terraza. Escuchaba que mis padres hablaban con los vecinos sobre los ladrones

que andaban por los techos, así que no me iba a dormir con toda mi alegría.

–¿Leíste algo que te resultó importante en la infancia y la adolescencia?

–No, le escapaba. Cuando adulto, estando en Córdoba –donde nos fuimos a vivir cuando tenía 18 años– me marcó una lectura en lo espiritual.

–¿Sufriste el desarraigo al irte de Buenos Aires?

–No, porque mi naturaleza era buscar el aislamiento, así que disfruté mucho de ir a vivir a las sierras, en Valle Hermoso. A pasos tenía la montaña, donde me despegaba del mundo, aunque lo hacía sin ningún fin en particular más que tener silencio y tranquilidad. Nunca busqué nada. Ya estando en Córdoba me tocó ingresar a la Marina –en la época de la guerra de Malvinas– y nos destinaron a Punta Alta. Cuando volví mi padre quería que siguiera con el negocio y me puse a fabricar joyas y cadenas, aunque no servía para los negocios.

(Sigue en página 6)

(Viene de página 5)

La montaña y "el despertar"

—¿Nunca te planteaste si tenías alguna vocación propia?

—No tenía nada claro, ni una decisión de qué hacer con mi vida, aunque desde niño sentí que quería tener una familia con hijos. No pensaba en la vocación sino en estar solo, por ciertas experiencias conflictivas con otras personas. Nunca tuve novia y sólo buscaba aislarme. Cuando tenía 21 años —estando solo en mi casa— tuve una especie de despertar espiritual, algo que no me importaba hasta entonces.

—¿Qué sentiste?

—Que tenía que ir a la cima de una montaña y que sabía dónde. Me paré, marché unos pasos, vi una montaña y sabía que era esa.

—¿Percibiste alguna sensación física?

—No. Era como algo no cuestionable, aunque hoy lo analizo. Era como mi propio pensamiento, no sentí ninguna voz que se distinguiese fuera de mí. Al otro día estaba muy alegre, marché con bastante certeza y estando por llegar a la cima encontré una vaca con una pata calzada y quebrada entre las rocas. Le salían lágrimas de sangre y sentí el dolor, como si fuera un anuncio para mí. Llegué a la cima, miré hacia el valle y percibí mi pequeñez en ese paisaje y en el cosmos. Cuando estaba haciendo eso comencé a recibir información, como si fuera un recuerdo.

—¿Fue lo que se dice técnicamente una canalización?

—No, aunque sabía que detrás de mí había alguien, que no estaba a la vista. Mi atención estaba en la información que recibía.

—¿De qué índole?

—Espiritual, interna,

Un libro con coincidencias y los maestros gnósticos cuestionados

No obstante lo sólido y lo claro en exponer sus fundamentos al momento de la charla, Ferminades admitió no ser afecto a la lectura y el estudio, y sostiene que su conocimiento provino de la experiencia propia. No obstante recordó la lectura de un libro cuyos contenidos se correspondían con la información a la cual accedió durante la experiencia vivida en la montaña.

—¿Cuál fue el libro que le resultó revelador?

—Se llama La jerarquía, los ángeles solares y la humanidad —de Vicente Anglada. Cuando lo leí no encontré ninguna palabra de desperdicio y todo lo que marcaba era lo que sabía. Me identifiqué con alguien en cuanto a lo que había recibido y fue un regocijo. Paralelamente fue cuando me puse en contacto con otras personas que recibían mensajes más directos de las jerarquías espirituales e ingresé al movimiento

planetaria, solar, con mucha certeza y clara.

—¿La entendías?

—No, aunque en algunos momentos intentaba quedarme con algo y analizarlo, y cuando lo iba a hacer se abrían más puertas para profundizar sobre lo que analizaba.

—¿Había imágenes?

—Sí, aunque estaba con los ojos abiertos. Hice dos o tres intentos de profundizar sobre algo, porque era como páginas que pasaban sin detenerse. En un momento

de la Gnosis —donde difería con algunas cuestiones que me parecía que no eran del Maestro. Llevé a los directores de los centros de la Gnosis a la montaña y tuve la experiencia de estar en los lugares donde se guardan las naves y andar en ellas, y donde sabía que había una energía particular. Pero los observé en algunos comportamientos con la Naturaleza que no eran muy amorosos.

—¿Cómo te definís?

—No sé. Una persona que trata de llevar hacia adelante lo que siente en su corazón. Lo que me dijo el Padre lo dijo a un hijo inconsciente. Hoy tengo conciencia de lo que me dijo y por qué, y de lo que tengo que decir. Lo que me lleva a expresarlo es la necesidad de ver crecer el amor en la vida. No en la mía sino en la vida. Es la alegría del que recibe al encontrar a Dios en su corazón y de dar, que es muy superior a la satisfacción de recibir —que

sentí como que mi cabeza estaba hinchada y que me explotaría, dije "basta" y se cortó.

—¿Y la presencia que percibiste?

—Nunca la vi; es difícil de explicar. Era alguien de blanco con una especie de túnica. Lo viví muy naturalmente y no me asombró, porque lo que más me atraía era entender la información recibida y lograr respuestas.

—¿Te exigía un grado de concentración especial?

—En ese momento no lo pude entender al proceso pero hoy puedo decir que era como que acudía a mi memoria, a una experiencia ya vivida y que la recordaba, aunque no tenía nada que ver con lo mundano.

—¿Habías charlado o leído sobre alguno de esos contenidos?

—Sobre los contenidos no, aunque muy pocos días antes me había anotado para clases de Kung Fu —en La Falda— y lo primero que nos

es la más fácil de sentir. Aprendí a controlar el ego, trabajar con las emociones y los sentidos físicos, que alimentan la mente y así nos maneja como quiere.

—¿De qué y cómo vivís?

—Hoy estoy siendo asistido por personas a quienes desde hace muchos años les hablo de estas cosas, porque decidí dedicarme de lleno a esto. Pero hasta hace unos años trabajaba con un grupo de personas en una empresa, en la cual era socio y me dedicaba a las maquinarias. Esa sociedad se disolvió. Tengo una casa donde vivo con mi familia.

—¿De qué trató la conferencia que diste ayer en el Círculo Médico de Paraná?

—Son charlas diferentes de cómo se dan otras charlas, ya que no hay una disertación magistral de mi parte sino que comienzo en silencio respondiendo a las preguntas de las personas y sobre sus dolencias y necesidades.

enseñó el profesor fue a meditar y comenzar a controlar la mente.

—¿Hubo otras experiencias luego de lo de la montaña?

—Comencé a tener experiencias en las cuales salía del cuerpo, aparecían seres, sentía ruidos, me trasladaba a otros lugares estando despierto; cosas muy raras...

—¿Te asustaban?

—No, salvo una vez, porque aparecí en un lugar con seres que hacían ruidos muy feos... macabros... llegó a paralizarme de tal manera que no podía pensar ni pedirle a Jesús que me ayudara.

—¿Por qué a Jesús?

—Porque lo sentía en mi corazón. No te conté pero cuando era chico siempre esperaba que llegara la Pascua o fin de año porque llegaba "el rey de reyes". Cuando logré pensar en Jesús sentí una frase —que no la repetiré— y que me trajo mucha tranquilidad, una frase mágica y todo lo demás desapareció.

—¿Tenías formación o práctica religiosa?

—No; mis abuelos maternos iban a las procesiones pero yo era muy chico.

—¿No pensabas que sufrías algún tipo de neurosis o desequilibrio emocional?

—No, y hoy tampoco tengo muy en claro que significa eso. Ni lo pensaba. Eso pudieron haber pensado mis padres cuando volvieron. Tuve experiencias más fuertes todos los días y noches durante un mes hasta

que volvieron. Aparecían muchos seres con la intención de volverme a la vida anterior y yo les decía que estaba decidido a andar por el sendero de la luz.

—¿Conversaste con alguien antes de que llegaran tus padres?

—Con el profesor de Kung Fu y luego comencé a encontrar otras personas, incluso una que recibía canalizaciones. Comencé a tener experiencias con maestros de otros planos —a veces en situaciones físicas o lugares desconocidos para mí, como una inundación que aconteció en Santa Fe. Todo esto coincidió con una gran ola de avistajes que hubo en Capilla del Monte.

Un mensaje en el Himalaya

—¿Entendiste que tenías que hacer algo particular?

—Hubo un tiempo que no, pero tuve una experiencia astral una vez que me acosté meditando y el Padre —en la cima del Himalaya— junto a otros dos seres me otorgaron objetos y me dijo algo al apoyarme su mano derecha sobre la espalda. Cuando miré hacia el valle observé como si toda la vida del mundo estuviera allí —sintiendo los ruidos— y era como que me decía que tenía que ir allí. Yo pensaba que sólo era un electricista. Analicé la situación, la sometí a duda y lo único seguro era que si tenía que ser como el Padre me dijo, lo único que lo impedía era mi defecto. Entendí que tenía que trabajar sobre mi defecto y egoísmo.

—¿Se lo comentaste a tus padres?

—No. El temor de mis padres era que me había tomado una secta y que me habían hecho un lavado de cerebro. Les dije que se quedaran tranquilos porque no seguía a nadie y que sabía lo que tenía que hacer. ¡Pobres, no debe haber sido muy tranquilizador! Habían dejado un hijo y encontraron otro.

—¿Qué implicaba el mensaje?

—Fui dejando muy cruelmente a la gente que estaba junto a mí y otros se apartaron. La vida me llevó a encontrarme con otras personas que habían sido movilizadas por los avistajes de ovnis. Sentí la necesidad de verlo a Jesús y una noche cuando estaba meditando aparecí en el desierto, ahí lo encontré, me dio mucha alegría y me transmitió a la mente algo muy similar a lo que me había dicho el Padre en cuanto a llevar un mensaje al mundo. No sentí orgullo por esta experiencia y estaba tranquilo, pero no podía creer que fuera así, aunque me dijo: "Sí".

—Hablaste de "Padre" y de Jesús, lo cual implica una definición religiosa puntual, porque para un taoísta o un budista —por ejemplo— no significan demasiado.

—No lo busqué aunque lo sentía en el corazón, como lo que te conté sobre cuando era chico.

—¿Por qué Jesús y no —por ejemplo— Krishna?

—Lo reconocí y lo vi así. Sabía que había maestros porque era parte de la información que había recibido en cuanto a la jerarquía espiritual que existe en el espacio, en el siste-



ma solar y en cada planeta.

—¿No te resultaba contradictorio el mandato de “llevar un mensaje” siendo ermitaño?

—Sí, por eso entendí que había una necesidad de estar en silencio para encontrar lo puro que Dios ha puesto en el interior de cada uno, pero no para vivirlo en soledad sino para llevarlo a los demás. No tenía sentido la vida del monje que se encierra en la cueva en el trabajo interno, sin que el mundo se entere de lo que conquistó. Era algo para compartir —el amor como servicio— estando con las personas. Aprendí a ponerme en el lugar del otro.

—¿Qué información de la recibida te resultó la más reveladora o extraordinaria?

—Nada fue sorprendente; en realidad me sorprendía de la naturalidad con que lo vivía y asimilaba. El espíritu comenzó a transmitir lo que tenía que transmitir y le encontré el sentido al amor, al igual que la necesidad de ayudar a los demás a llevar su cruz.

—Resulta muy cristiano.

—Sí.

—¿Quién dijo que hay que sufrir y padecer?

—No es la voluntad de Dios de que sea así. Sufrir y padecer porque el hombre busca siempre la salida material para estar mejor en el mundo y si buscar estar mejor en el mundo se hace parte de él y ancla su vida allí, eso lo vuelve a traer tantas veces como decida anclarse en el mundo. Si las personas acuden a los libros que han escrito sobre Dios y a las personas que los conducen hacia ellos —y les crean dependencia— siguen atados al mundo. Dios nos manda con las herramientas y energías necesarias para salir adelante, hay que ver ese amor en el corazón. La vida es nuestro camino y no hay algo aparte; no hay que dejar nada de lo que hacemos, sino hacerlo con amor.

—¿Por qué hacerlo de esa forma si nunca en la historia de esta civilización fue así?

—Para cambiar la historia del hombre porque hasta ahora viene errando bastante, formando religiones mundanas y siguiendo a personas que supuestamente los guían espiritualmente pero tienen que leer discursos que políticamente conviene leer. Lo que cosechemos en el futuro dependerá de lo que sembramos en el presente y de la conciencia de lo que hicimos en el pasado, y corregir muchas cosas.

—¿No será una sobreexigencia para el hombre, cuando apenas es un poco más evolucionado que los animales?

—El hombre es mucho más porque es imagen y semejanza del creador, en espíritu. Tiene la posibilidad de crear.

—La unión para crear se da en todos los planos y especies, hasta en los minerales.

—Pero el hombre tiene la inteligencia para tomar la decisión de cómo maneja esa energía, que lo puede pensar egóicamente, o para el bien de todos. Tiene conciencia de cómo manejar sus formas y fuerzas.

El gran secreto y la ciudad que oculta el cerro Uritorco

Ferminades aseguró que en la zona del cerro Uritorco existe —según su propia vivencia— una puerta dimensional hacia una ciudad con seres extraterrestres y energías especiales, aunque se mostró crítico por lo sucedido el viernes 11 del corriente cuando allí se convocaron miles de personas.

—¿Qué es desde el punto de vista geofísico y energético —según tu opinión— el cerro Uritorco y lo que acontece allí?

—Es una de las siete puertas que hay en el mundo que conducen al corazón del Padre. Hay una cantidad de seres y energías puras y elevadas, comparables a las de los otros seis lugares. Hace tiempo que estos seres están muy dolidos por todo lo que se hace allí, como esto de reunirse en un momento por un número que concuerda (se refiere a la pasada convocatoria del viernes 11 de este mes) queriendo salir de su mundano vivir a través de una reunión de un rato, recibiendo una energía especial. Y bajamos de ahí a la civilización y seguimos atropellando al que nos rodea o estafando en nuestro comercio. Para recibir energías especiales hay que renunciar a las mundanas.

—¿Es una brecha dimensional en cuanto a nivel de densidad de la vibración energética?

—Hay puertas que están muy cercanas a lo físico, que conducen a una ciudad que está ahí debajo desde hace miles de años, con seres que no pertenecen a esta humanidad porque son extraterrestres.



Uritorco. “Hay una puerta dimensional hacia una ciudad milenaria con seres extraterrestres”.

UNO/Mateo Oviedo

restres.

—¿O intraterrestres?

—Extraterrestres en cuanto a que no pertenecen a la evolución terrestre. Hay seres que todavía tienen un cuerpo físico de cuarta dimensión —no tan denso como el nuestro— más evolucionado, y seres que no tienen cuerpo físico porque son luz, con diferentes grados evolutivos. En esa zona hubo muchos avistamientos —para llamar la atención— y sigue habiendo, aunque no son naves sino seres que están sirviendo al Padre en amor, tratando de ayudar a que la Humanidad tome conciencia de que el camino es el amor en todo lo que se hace —como dice Jesús.

—¿Cómo se ingresa por esas puertas?

—No cualquiera puede hacerlo y depende de tener una vibración

afín. En un grado de evolución más elevado el lugar es una conexión que une a todos los continentes por debajo de la Tierra, energéticamente. Los maestros no necesitan de naves ni túneles para desplazarse, ya que es una forma espiritual que se mueve en el espacio. Los canales se utilizan para llevar determinado tipo de energía a lugares específicos que deben ser incentivados. El cerro Uritorco era un lugar sagrado para los comechingones. En la medida que desapareció la parte fenomenológica de los avistamientos de ovnis, quedó mucha gente radicada allí con una idea más trascendente que ver una luz que no se sabe qué es. En medio de esto —por supuesto— está el riesgo de tanta habladería y gente confundida queriendo atraer la atención sobre sí y no hacia el Padre, con comportamientos no muy

espirituales y egoístas.

—¿Qué opinás de lo acontecido allí el 11 de noviembre?

—La gente no sabe qué hacer para evadir el trabajo, entonces busca ir a lugares donde aparentemente por una cuestión de energías especiales mágicamente desaparecerá lo que ha generado. Pero es cuestión de tomar conciencia. Mucha gente dice estar en la búsqueda pero no sabe de qué; anda a la deriva de un lado para otro y lo que todos buscamos es a Dios, porque es la fuente y el origen. La cuestión es que cuando lo encuentre en la boca de alguien o en la vida de otro, me va a caber duda, cuando lo encuentre en mi interior no tendré duda, porque es mi experiencia. La conciencia se hace a través de la experiencia y no escuchando a un iluminado.

No podemos tener una vida espiritual olvidándonos de lo humano, ni lo humano olvidándonos de lo espiritual. Hay que llevarlo en equilibrio.

Tenemos un cuerpo físico, estamos en este mundo, hay que llevar junto lo físico, lo humano, con lo espiritual, que es lo que da vida esencialmente a lo humano, pero en equilibrio. Ese equilibrio ocasiona muchas veces sensación de dolor, porque quisiera para todos la Paz que siento, pero no la veo presente en todos. Eso me ocasiona dolor, porque pasé por la situación de no tener esa Paz y hoy me doy cuenta del dolor que había en mí, que lo ocultaba y lo tapaba buscando ruidos. Cuando salí de esos ruidos es que pude escuchar, y hoy Siento.

Hoy veo que hay muchos queriendo tapar con ruido esa necesidad interior, y que por el ruido que andan buscando constantemente no pueden escuchar la voz de la Conciencia que susurra.

Daniel Ferminades

